



Foto de Isabel G. de Diego

TERRAZA COLOR DE CARNE

En la terraza color de carne de la casa del pueblo de Moradillo, Plaza Mayor número cinco, se realizó la acción y efecto de encarnar a Isabel, metiendo en la divina herida de mi amada el instrumento que la hiere y penetra, cebándome cual perro en la caza que coge sin soltarla.

Ese día, uno de los últimos de junio o primeros de julio, habíamos venido al pueblo parar visitar y comer con los suegros, y pasar el fin de semana. Después de una larga sobremesa, yo me vine a casa, dejando allí a mi amada, pues tenía que preparar la terraza para adecentarla, colocar una mesa con sillas, subir un cubo con hielo, vasos y bebidas, además de poner un colchón de lana muy fino sobre el suelo por si nos apetecía dormir en ella, pues en la habitación dormitorio, por el calor, no había quien durmiera. ¡Que asfixia;

Ya había entrado la noche. El firmamento o cielo estaba estrellado, y una hermosa Luna llena parecía moverse como queriendo bajar de su bóveda para llegar hasta mí que, en ese instante, estaba sentado sobre el colchón, desnudo y con el miembro erecto cubierto de su luz, mirando hacia ella, y ella hacia a mí cual tórtola halagüena.

Espíritus angélicos y bienaventurados gozaban de mi presencia admirable.

Estando yo contemplando un conjunto de varias estrellas intentando adivinar cuales eran la Osa menor, la Estrella Polar, y la Osa mayor, llegó Rita con oportunidad, como venida del cielo, quien desvestida en el sobrado, entró en la terraza como una presencia hermosa y divina llegando a mí cogiendo el miembro con las manos, diciéndome desesperada:

-¡Cielos! Métemela ya lo más adentro posible, amado.

Yo me levanté, ella se echó sobre el colchón boca arriba, puso debajo de sus nalgas un cojín que trajo bajo el brazo, se abrió de piernas y me dijo, mientras miraba la sombra que reflejaba mi miembro sobre su ombligo:

-Masajéatela un poco hasta que se ponga en carne viva. Yo, mientras tanto, retiraré los pelos que tocan los labios para que no estorben tu penetración.

Yo me arrodillé para ir a lamerle sus ninfas y besarle sus labios retirando algún pelo con la lengua.

Amachambrados, encajado uno en otra, pareciendo uno solo, penetrando en ella, con arte y astucia, a través del cielo de paladar de su Vagina, órgano digno de ser fecundado, me sentí volar al cielo con asombro de sorpresa admirado y doloroso, muy gratificante.

Antes, la luz de la Luna alumbró su madriguera de labios de dulces piedades, a la vez que acariciaba mis nalgas con una brisilla como de lengua clara y alientos vitales.

Mientras yo trajinaba y ella hacía gemidos y algún que otro ¡ay! ¡ay ¡ay! vi que, por tanto penetrarla, aparecía, de vez en cuando, en su garganta, algo parecido al glande, que era su lengua magullada, poniéndose enjuta cuando en mi boca yo la absorbía hasta querer devorarla.

Cuando ya eyaculé en ella con pelo por un canto para guarnecer y bordar un ovario, exhausto le dije:

-Creo que he hecho sonar tus Trompas de Falopio.

Ella me contestó:

-Sí que lo has hecho, pues, de felicidad, por haber entrado en mis entrañas, han salido de mi ano unos pedetes de afecto amante. Espero que no se cumpla en ti lo que dicen muchos machos: “Mientras follas queremos a la amada y en pasado el polvo, luego la olvidamos”.

-De ninguna manera, le dije yo besándola.

Abrazados, nos quedamos dormidos de cansancio, despertando cuando empezaba a aparecer la luz del día.

-Daniel de Culla